

ABC

LA TERCERA

EL POSO DEL TIEMPO

España no está condenada al extravío. Llegó a 'ir bien'. Estoy convencido de que, muy pronto, irá todavía mejor

kioskoymas#acabos@fundacionfaes.org

El pasado lunes se cumplieron treinta años de mi primera investidura como presidente del Gobierno. Invitado a evocar esa fecha en las páginas de ABC lo hago sin nostalgia ni complacencia; malas consejas en toda circunstancia, aún lo serían peores en esta hora. Intentaré poner en perspectiva el sedimento de inquietudes rigurosamente contemporáneas. No reivindicó nada más allá de un proyecto político que sigue siendo el mío y mantiene intacto su potencial de servicio. Al cabo de treinta años, tengo por más necesario que nunca todo lo que representa el Partido Popular: para empezar, su condición de única fuerza capaz de materializar una alternativa de gobierno, haciendo valer algo más sólido que una colección de invectivas: el peso de su acervo histórico.

Hace tres décadas, todavía se tenía un entendimiento serio de los usos constitucionales. Se asumía que, en una democracia, gobierno y oposición son funciones sin asignación fija, subordinadas a intereses permanentes y que la dinámica entre partidos es la competencia colaborativa. Hoy algunos invocan mucho la democracia, pero, a la vista de su proceder, parece interesarles más cómo suena que cómo funciona. Levantar un muro para emparedar a media España no era, en 1996, un programa concebible, ni siquiera un enunciado decente en un discurso de investidura. Nada parecido se encontrará en el mío: nada de programas para fragmentar el electorado; al contrario, hacíamos política para integrar la nación, uniéndola en torno a objetivos identificables, que suscitasen apoyos mayoritarios. No quisimos jugar a la pequeña ni en esa legislatura ni en la siguiente: con mayoría absoluta firmamos el Pacto Antiterrorista, el Pacto por la Justicia y el Acuerdo de Financiación Autonómica. Con esa mayoría absoluta aprobamos 219 leyes –solo en dos nos faltó compañía–, 18 acuerdos sociales, grandes pactos para la financiación sanitaria y local y el Plan Hidrológico Nacional.

Por lo demás, entonces no se compraban inversiones; se pactaban, dando cuenta pública y detallada de los acuerdos alcanzados. Estaba todavía inédito el procedimiento de negociarlas en el extranjero con prófugos de la Justicia. Tampoco era moneda corriente especular con la nación, subastar el Estado y vender la Constitución para alquilar un poder mediatizado. Quienes pescan en el río revuelto de tanta tinta consumida en glosar el 'Majestic' tiran su carnada al agua. Aquel fue un pacto sobre un programa nacional, no bilateral. En 1996 acordamos unas bases para reformar la financiación autonómica: poco después, el modelo se aprobó por unanimidad. Ver en esto un precedente de lo de ahora es delirar o construir analogías calumniosas. Ni aliviarnos el reproche penal de los malversadores, ni acordamos indultos arbitrarios, ni concedimos amnistías anti-constitucionales. No hubo controversia constitucional alguna en nada de lo suscrito. Probablemente, porque no pedimos la venia a golpistas; ni el PP había perdido las elecciones, ni CiU acababa de dar un golpe.

Siempre me ha sorprendido el uso simultáneo de argumentos incompatibles. Suelen blandirse contra mí aquellos pactos para tachar de hipócrita mi censura a posiciones claudicantes; y, a la vez, se me acusa de haber sido uno de los principales promotores de lo que se dio en llamar «fábrica de independentis-

**JOSÉ MARÍA
AZNAR**

fue presidente
del Gobierno

tas», acuñación que reprocha a todo aquel que ponga reparos a las demandas desorbitadas del nacionalismo estar contribuyendo, en realidad, a su expansión. No creo haber sido, en esto, ni claudicante ni temerario. Y esta conclusión me la brindan los datos, no mis impresiones personales.

Poco después del 2000, con respecto a Cataluña, el CIS dejó constancia de un sistema autonómico estabilizado. Los resultados electorales nacionalistas eran limitados y decrecientes. Se registraba una excelente opinión sobre el Estado autonómico, con expresa adhesión al modelo. La estadística confirma lo que la lógica anticipa: los que fabrican independentistas son los independentistas, cuando se les allana el camino para hacerlo. Y desde 2003 los socialistas decidieron, por puro cálculo, allanárselo, asumiendo el coste para todos de 'acordonarnos' a nosotros. El precio de semejante operación resultó letalmente alto: negociar con formaciones radicalizadas tenía que descompensar el sistema, desplazando su centro de gravedad extramuros del perímetro constitucional. Hoy las consecuencias saltan a la vista. Pero hasta aquí no se llega por casualidad. Los problemas del modelo autonómico no son de fábrica, son de práctica. De la mala práctica de una izquierda decidida a desentenderse de la Transición. No fuimos nosotros quienes buscamos en el nacionalismo primero una muleta electoral y enseguida un socio constituyente de recambio. Hace treinta años, obtener una investidura suponía negociar un programa de gobierno, no los fundamentos del Estado.

Tener sentido de Estado no es parlotear sobre 'lo público'. Fundar el euro, saldar con déficit cero las cuentas públicas y con superávit las de la Seguridad Social, generar cinco millones de empleos, es pasar de los dichos a los hechos. Honrando la palabra dada, impulsamos un programa de privatizaciones que modernizó la economía española. No se nos ocurrió privatizar el Estado: no usamos el CIS como palanca, ni el INE como sucursal, ni TVE como boletín; tampoco los titulares de la Fiscalía General dejaron el cargo manchando su toga 'con el polvo del camino' o su certificado de penales con algún antecedente.

Otro tiempo: el gobierno presentaba presupuestos, no insultaba a jueces ni periodistas y promovía el cumplimiento íntegro de las penas por terrorismo; confieso, además, no haber escrito ninguna carta poniendo a la ciudadanía al corriente de mis estados de ánimo. Acción exterior: ignoro si la firma del Tratado de Niza, el liderazgo en la política iberoamericana de la Unión Europea o el fortalecimiento de las relaciones con los Estados Unidos situaron o no a España en 'el lado correcto de la historia'; sé que no la arrojaron a un rincón.

1996 normalizó la alternancia, pero nuestra posterior mayoría absoluta asustó a la izquierda. Temiendo un cambio tectónico y desde su exclusivismo, que ve en los Gobiernos socialistas la normalidad por defecto y en los populares una excepción circunstancial, empezaron a oírse voces empujando al PSOE a un maximalismo excéntrico.

Esta fue la génesis del impulso que nos trajo aquí. Recordarlo ayuda a entender cómo vinimos a parar a esta encrucijada. Y cómo retomar la buena senda. España no está condenada al extravío. Llegó a 'ir bien'. Estoy convencido de que, muy pronto, irá todavía mejor. ●

Treinta años de la investidura de Aznar: otra España, otro PP

Su gran éxito político –y repetida reivindicación– fue aglutinar el espacio de la derecha de manera decisiva y modernizar las siglas del PP. En el Gobierno, la entrada de España en el euro, el peso internacional y el terrorismo de ETA lo marcaron todo

Paloma Esteban
Madrid

Son 30 años, otra España, otra sociedad, distintas generaciones, otra derecha y otro Partido Popular. José María Aznar llegó a la presidencia del Gobierno hace tres décadas con un sistema bipartidista fuerte, una opinión pública mucho menos fragmentada, una estabilidad institucional que permitió superar episodios traumáticos y unas líneas rojas, unas reglas del juego, que permanecían inalterables. Era otro tiempo. Consiguió aglutinar todo el espacio de la derecha bajo aquellas siglas, las del PP, modernizando su imagen e introduciendo, por primera vez, un fuerte componente liberal.

El debate de su primera investidura se celebró el 4 de mayo de 1996 y gobernó durante cuatro años en minoría con el apoyo de CiU, y también del PNV y Coalición Canaria. El nacionalismo también era otro. La entrada de España en el euro fue, fuera de toda duda, uno de los principales hitos de su mandato. «Lo hemos conseguido, hemos podido tomar el tren con holgura», aseguró el presidente en mayo de 1998 tras la cumbre extraordinaria

Aznar tenía la obsesión de meter a España en el club de los grandes países europeos. La entrada en el euro fue posible al cumplir en tiempo récord los requisitos

del Consejo Europeo en el que se confirmó la lista de países que iban a acceder a la moneda única desde el principio. Aquello fue posible gracias al cumplimiento en tiempo récord de los requisitos que se exigían. Mantener a raya el déficit público –en aquel momento llegó a ser inferior al de potencias como Alemania– y tener una inflación igualmente controlada.

La liberalización de la economía estaba en marcha con la cascada de privatizaciones de empresas –una de sus primeras medidas– y que afectó a compañías como Telefónica, Endesa, Repsol, Gas Natural, Red Eléctrica o Argentaria. El Estado ingresó decenas de miles de millones que le permitieron reducir la deuda y sanear las cuentas públicas. La Seguridad Social registró superávit. Empezaba el camino del «España va bien» y el 'boom' de las inversiones internacionales que lo cambiaron todo. Aznar tenía la obsesión de meter a España en el club de los grandes países europeos.

La decidida vocación atlantista le acompañó de principio a fin, aunque profundizó en esa alianza con Estados Unidos –y también con Gran Bretaña– en la segunda legislatura (2000-2004), ya con mayoría absoluta. El reflejo de aquellos lazos tan estrechos y defendidos por el expresidente quedó plasmado en la famosa fotografía del trío de las Azores junto a George W. Bush y Tony Blair, posando juntos en la base de Lajes en marzo de 2003, tan utilizada por la izquierda de entonces y la de



Aznar, con Jordi Pujol y Adolfo Suárez en 1996. ABC

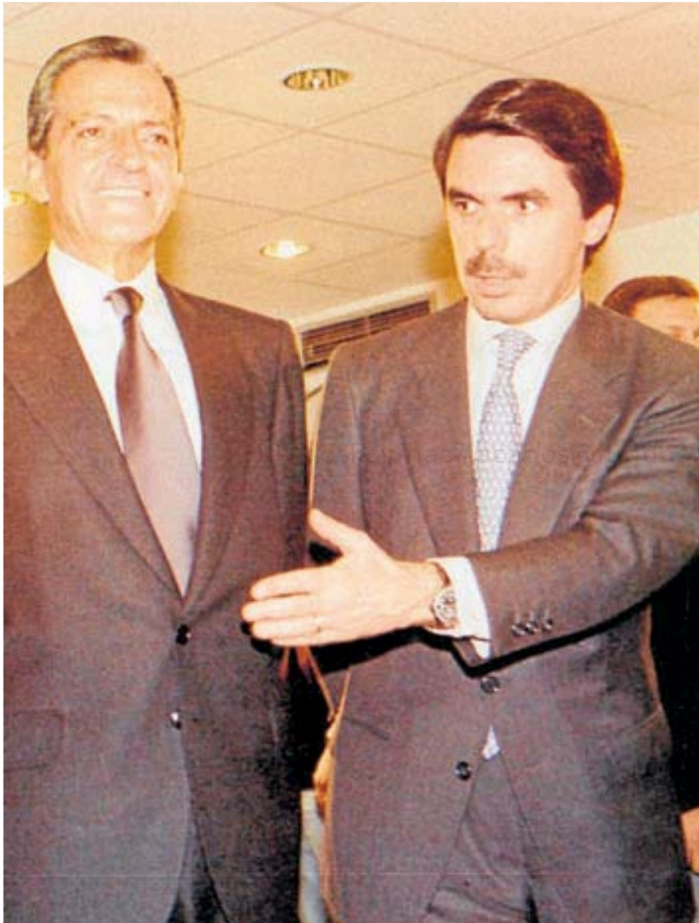


Con los Reyes Juan Carlos y Sofía y el entonces Príncipe Felipe. Miguel Berrocal

ahora, de nuevo, ante la guerra de Irán iniciada por Estados Unidos e Israel. La posición de Aznar, sin embargo, se ha alterado poco. No ha escatimado en duras críticas hacia el actual presidente estadounidense, oponiéndose a decisiones concretas de Donald Trump y, en realidad, del trumpismo como modelo político. Pero siempre ha defendido sin reparos la necesidad de mantener el vínculo atlántico y, sobre todo,

de que España no puede confundirse de aliados. Muy especialmente ante el camino tomado por Pedro Sánchez.

A la liberalización de la economía y el refuerzo del peso internacional, se suma la lucha contra el terrorismo de ETA como el otro gran factor clave de su mandato. El asesinato de Miguel Ángel Blanco (1997) marcó un antes y un después en la sociedad española. Las masivas manifestaciones en la ca-



La Cumbre de las Azores, en 2003, con Durao Barroso, Blair y Bush. Reuters

Volvió a quedarse en el mismo lugar en 1993, cuando alcanzó ya los 141 escaños. En ese momento se consolidó como gran alternativa a un socialismo, el de Felipe González, que terminó exhausto tras casi 14 años en el poder. Y en 1996 firmó su primera victoria y gobernó con mayoría relativa apoyándose en los nacionalistas. Las cesiones que se incluyeron en el Pacto del Majestic fueron amplias y sirvieron para fundamentar las bases de un nuevo sistema de financiación, que tiempo después serían aireadas con dureza. En 2000 logra la reelección con mayoría absoluta, confirmando una trayectoria en política nada habitual: Aznar fue de menos a más. Su despedida, en 2004, no pudo tener un final más traumático. Las elecciones, ya con Mariano Rajoy como sucesor, se celebraron tres días después del atentado del 11-M.

Modernización

Además de la acción gubernamental, su gran éxito político –y repetida reivindicación mirando a sus sucesores– fue la capacidad de reagrupar a toda la derecha, engullendo el espacio del CDS y modernizando la propia doctrina del partido en el congreso de Sevilla (1990). Las comparaciones son odiosas y poco aconsejables. Pero además de todos los colaboradores de Aznar, también algunos de sus exministros, reconocen que en este momento «no hay comparación posible». El PP es otro, y el momento también.

Alberto Núñez Feijóo dio el salto nacional en 2022. Era presidente de la Xunta de Galicia como lo era Aznar de Castilla y León cuando recibió la llamada de Fraga. «Quizá ahí terminan las similitudes entre ambos, que venían de ser presidentes autonómicos», explica uno de esos colaboradores. Hay otra a la que algunos apuntan. Que ambos empezaron siendo «jefes políticos de despacho». Aznar aguantó siempre la losa de su falta de carisma frente a Felipe, que era, sobre todo, carismático. Pero consolidó un liderazgo propio.

Esa capacidad de aglutinar todo el centro derecha respondió también a un momento concreto: no existía la

En 2000 logró su mayoría absoluta tras gobernar una legislatura con el apoyo de los nacionalistas. Aznar fue de menos a más

Su reivindicación política es la de todo el espacio de la derecha bajo las siglas del PP. Un escenario que se antoja imposible de repetir

fragmentación de partidos que estalló en 2015 y que no ha dejado de crecer. Ciudadanos apareció unos años y después se esfumó. Pero su existencia bastó para evidenciar la debilidad del PP. Ahora existe un nuevo fantasma a la derecha: Vox, que con más o menos fluctuaciones, no da síntomas en absoluto de desaparecer. La tendencia internacional habla del fenómeno contrario.

Desde hace una década el PP afronta la necesidad constante de volver a ampliar su base electoral. Feijóo llegó con ese mensaje a la política nacional y ganó las elecciones generales de 2023, aunque no pudo gobernar. En la España de hace 30 años era inimaginable la suma que logró Sánchez para llegar a Moncloa.

Los momentos de ahora y entonces son incomparables, pero el actual líder del PP necesita devolverle a su formación una mayoría amplia. Con todas las dificultades, la realidad es que el PP ha demostrado una fortaleza en España que no existe ya en el resto de Europa. Los partidos homólogos en Francia e Italia –que en su día se fijaron en el modelo de Aznar– han desaparecido. En su lugar se ha consolidado una derecha alternativa que gobierna o está en disposición de hacerlo. España aparece ahora como un oasis. Ni siquiera en Alemania la CDU ha demostrado la misma fortaleza. Y eso, repiten en el entorno de Aznar, tiene mucho que ver con lo que se hizo en el inicio; cómo se implementó territorialmente el partido, y las bases que consiguió instaurar en la sociedad española.



Estrechando la mano a Duran i Lleida, con Pujol, en el Pacto del Majestic. EFE

lle dieron prueba de ello. Los españoles se negaban a aceptar más el chantaje. La estrategia de derrota del Gobierno –el «vamos a por ellos» como recuerdan estrechos colaboradores del expresidente– con una enorme presión policial, judicial e internacional, asfixió en parte a la organización. Pero en el plano político el gran hito mira a la ilegalización de Batasuna gracias a la Ley de Partidos aprobada en 2002. La

norma, que promovió el Gobierno y apoyó el PSOE, permitía ilegalizar partidos que justificaran o apoyaran la violencia. El Tribunal Supremo actuó contra el brazo político de ETA.

El camino hacia esos ocho años de Gobierno estuvo precedido de una travesía compleja. Aznar, recién designado por Manuel Fraga como candidato, acudió a las urnas en 1989 y se quedó en la oposición, como era previsible.

OPINIÓN

EDITORIALES

TREINTA AÑOS DE LA NUEVA DERECHA

Hace tres décadas que el nuevo centro derecha encarnado por el Partido Popular puso fin a la hegemonía del socialismo de Felipe González, con una victoria menos holgada de lo que auguraban las encuestas y el ambiente de corrupción y deterioro en el último Gobierno socialista. El artífice de aquella victoria electoral y política fue José María Aznar, quien en 1990 supo sacudir a la derecha del letargo de derrotas en el que estaba instalada desde 1982, con aquella aplastante e irreplicable mayoría absoluta de González, y articular a todas sus familias en un proyecto común liberal-conservador. La unificación de la derecha española en torno a un mensaje de centralidad y de modernización fue un ejemplo para el conservadurismo europeo, pero, sobre todo, dio a la sociedad española una alternativa al socialismo de la que carecía. En su primera legislatura, iniciada el 4 de mayo de 1996, Aznar acreditó capacidad para negociar proyectos nacionales, aunque su punto de partida fuera el acuerdo con los nacionalistas –entonces no separatistas– catalanes en el pacto del Majestic. Todo lo que entonces se convino con Pujol y con Arzallus se transformó en políticas nacionales con un gran respaldo, como el nuevo modelo de financiación autonómica. No hubo pactitos de privilegios territoriales. Fue una nueva manera de hacer política, que abrió la derecha a un forma de gestionar su política con entendimientos hasta entonces impensables o, al menos, improbables.

La unidad del nuevo PP fue también una decantación de la necesidad de la sociedad española, cuerpo extraño que carecía de una opción organizada de centro derecha liberal. El éxito de esta formación fue su capacidad para atraer voluntades situadas desde la derecha extrema y al centro puro, incluso el centro izquierda. En definitiva, todo lo que estaba a la derecha del PSOE se identificó con el PP de Aznar. Ese éxito no fue flor de una legislatura, porque, por primera y única vez en la democracia, un mismo candidato ganaba sus segundas elecciones pasando de una mayoría relativa a una absoluta, como sucedió en 2000, con los 183 escaños que obtuvo el PP. La autoestima unificadora de la derecha, la definición clara de un proyecto basado en los grandes principios de la democracia liberal y la creación de equipos de gestores bien preparados fueron los elementos determinantes de esas dos legislaturas de éxito del nuevo PP. En 2011, tras la brutal crisis de 2008 y con el declive imparable de Rodríguez Zapatero, el PP obtuvo de nuevo mayoría absoluta, con Rajoy, pero no pudo mantenerla en los siguientes comicios.

Los tiempos han cambiado y la derecha ha vuelto a dividirse, afrontando con equivocada resignación la desunión que impidió una victoria incontestable en 2023 y que ahora, sin embargo, puede impulsarla a unos resultados electorales que, como en 1996, aporten estabilidad institucional, un proyecto nacional compartido y una forma sensata y limpia de gobernar democráticamente. Cualquier tiempo pasado no siempre fue mejor, pero siempre ayuda a mejorar. La experiencia del PP de Aznar manda un mensaje claro al PP de Núñez Feijóo: la unidad y la convicción hacen de la derecha una opción ganadora de Gobierno. ●

LOS TEJEMANEJES DE MONTERO

Pese a la denuncia del Tribunal de Cuentas en el ejercicio 2024, María Jesús Montero no solo siguió con los trucos contables con los fondos europeos, dedicando a otra cosa su destino original, sino que los multiplicó en 2025 por seis. Es decir, que implementó hasta 15.000 millones de euros de los recursos asignados por el Gobierno al Plan de Recuperación y Resiliencia y lo aplicó a otros gastos ordinarios, como por ejemplo el pago de las pensiones. La Fiscalía Europea tiene un amplísimo campo para investigar si el Ministerio de Hacienda operó legalmente con ese tejemaneje de transferencias de crédito. Por eso, entre otras cosas, es esencial aprobar los Presupuestos Generales del Estado cada año, porque son el motor para que el país funcione. El Gobierno de Pedro Sánchez se maneja con unas cuentas públicas que son de la legislatura anterior; todo un despropósito desde cualquier punto de vista. Por eso este birlibirloque de Montero con los fondos europeos y ese adefesio contable es letal para un funcionamiento mínimamente cabal del Estado. ●

FE DE RATAS | JM NIETO



ABC

Director, Julián Quirós

Directores adjuntos: Carlos Caneiro y Agustín Pery.

Subdirectores: Elena de Miguel, Alfonso R. Aldeyturriaga, Rafael Höhr y Yolanda Gómez.

Adjuntos al director: Jesús G. Calero, José A. Pérez y Ana Sánchez.

Secciones: Fernando Rojo, María Jesús Pérez, Paloma Esteban, Álvaro Martínez, Pablo M. Díez, Nuria Ramírez, José Miguélez, Marta R. Domingo, Laura Pintos, Txema Rodríguez, Federico Ayala, Esther Blanco, David Yagüe, Javier Nadales, Hugo Garrido, Luis Miguel Muñoz y Axel Guerra.

Delegaciones: Fernando Franco, Montserrat Serrador, José Luis Jiménez, Alex Gubern y Toni Jiménez.

Directora General, Ana Delgado Galán

Juan José Bonillo, Control de Gestión y RR.HH. José María de la Guía, Marketing y Negocio Digital, Enrique Elvira, Distribución, Sonsoles Nocito, Comercial. Editado por Diario ABC, S. L. U. Josefa Valcárcel, 40B, 28027 Madrid. Centralita 91 339 90 00. Teléfono de atención ABC 91 111 99 00.

Precio ABC 2,50 €. Con XL Semanal ABC 3,50 €

VOCENTO

Diario ABC, S. L. U. Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública y utilización, total o parcial, de los contenidos de esta publicación, en cualquier forma o modalidad, sin previa, expresa y escrita autorización, incluyendo, en particular, su mera reproducción y/o puesta a disposición como resúmenes, reseñas o revistas de prensa con fines comerciales o directa o indirectamente lucrativos, a la que se manifiesta oposición expresa. Número 40.310 D.L.I.-M-13-58 Apartado de Correos 43, Madrid